

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8301

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Martes 9 de Julio de 1889

## LA VIDA ES CHOCOLATE.

Apurar, cielos, pretendo ya que me tratáis así por que voy, pobre de mí, el apetito perdiendo: aunque creo que ya entiendo cual es la causa en conciencia pues tuve la inadvertencia y cometí el disparate de no tomar chocolate marca El Barco de Valencia.

Y ese delito se paga cuando se comete sin la debida autorización del pontífice D. Benigno Sánchez Risueño que desde su casa n.º 3 de la calle de la Caridad rige chocolateramente á media España.

Estos ricos chocolates se venden en latas iluminadas que contienen 6 paquetes una, del precio de 5, 6, 7, 8, 10 y 12 reales paquete; pedido en todos los ultramarinos y confitería de los Sres. García y Pareja.

## LA EMIGRACION.

Es achaque de nuestro optimismo nacional el consolarnos de los males que nos aquejan, imaginándonos que otros los experimentan con tanta ó mayor intensidad que nosotros. ¿Nuestra agricultura se halla en estado deplorable? ¿El agricultor español sufre y gime? Pues el gobierno se encarga de proclamar valiéndose de un mensaje de la Corona, que eso de la crisis agrícola es general en toda Europa: tales vientos corren por do quiera: paciencia y barajar. ¿El contribuyente español no puede soportar las cargas públicas? ¿Qué pretensiones las nuestras! Allí está un ministro de Hacienda que, en pleno parlamento, con el socorrido medio de los datos estadísticos, nos probará que, después de todo, no hay en Europa país en que el contribuyente esté menos agobiado que en España. ¿La emigración deja desiertas nuestras campiñas? Ved, exclamará algún estadista bonachón, echándoos al rostro las estadísticas del Almanaque de Gotha, en cualquiera parte la emigración presenta caracteres más tremendos que en España.

Y así sucesivamente, hasta formarnos la cometa ilusión de que vivimos en el mejor de los mundos posibles. No obstante, en esas otras naciones azotadas por la crisis agraria y cuyo espectáculo sirve de descargo á nuestros gobernantes, es difícil hallar un palmo de terreno sin cultivo, y en ellas lo cultivado produce, poco ó mucho, mientras que en nuestro país la mayor parte de las tierras son yermos y aquellas que no lo son apenas producen en la proporción debida. Es verdad que en Francia, en Alemania, en Inglaterra, los gastos de la nación tocan á más por individuo; pero los impuestos guardan relación con la riqueza pública; mientras que en España, donde al parecer se paga menos, el contribuyente es arruinado por los impuestos.

Cierto que no es España la que mayor contingente da á la emigración; mas en los restantes países europeos, en donde hay exceso de gente, la emigración es un bien; mientras que en España, en donde la población antes decrece que aumenta, la emigración es una calamidad.

Atajar la emigración en Alemania, en Suiza, en Italia, sería condenar estos

pueblos á la miseria, al hambre: nadie emigra por placer ni por afición á los viajes; quien emigra es porque no halla medio de subsistencia en su propio país. Generalmente, esta imposibilidad de subsistencia reconoce por causa directa la plétora de población. A España le ha estado reservado apartarse de esta regla general. Los suizos se van á América por que no caben en Suiza. Los españoles, á pesar de hallarse tan á sus anchas en España, pues lo que aquí sobra es el espacio, huyen á la Argelia, á América, y habría ya invadido Marruecos á ser posible. Mediten sobre ello los que tan fácilmente encuentran explicación á todos los fenómenos.

Poner coto á la emigración es en teoría la cosa más sencilla del mundo. Haced posible en un país la vida de todos los ciudadanos, y no habrá uno solo que emigre, por lisonjeras que sean las perspectivas que se le ofrezcan. No depende de los gobiernos remediar los males, que trae consigo la superabundancia de gentes. Sin embargo, el príncipe de Bismarck que inventó la fórmula del socialismo oficial para contrarrestar en parte los conflictos de la cuestión económica, planteó el principio de la política colonial, con el fin de crear nuevos territorios alemanes en que verter el desbordamiento de la población germánica. Reconociendo en la emigración una necesidad, la encauzó, ya que no podía evitarla. Pero depende directamente de los gobiernos el impedir que una nación se despueble, que es el inmediato efecto de la emigración en España, y la manera de impedirlo no ha de ser oponiéndose con medidas coercitivas al movimiento emigratorio, sino cortando de raíz las causas que lo producen.

En tan ó estas causas desaparecen, sea que se trabaje sinceramente para extinguirlas, sea que se abandone la solución del problema al azar de las circunstancias, como acontece en España, hay un deber de carácter urgente que se impone al gobierno y que implica un derecho de parte de sus administrados: el velar por que estos no sean objeto de explotaciones indignas, las cuales cuando se ejercen sobre la colectividad, ora por empresas particulares, ora por gobiernos extranjeros, constituyen una ofensa para la nación á que pertenecen los explotadores.

En una palabra, conviene al interés de la humanidad y al nacional, que la emigración se verifique en las mejores condiciones posibles para los emigrantes. Y no se diga que este es un medio de fomentarla: todas las predicaciones contra la emigración, todos los pésimos augurios y negras perspectivas no bastan ni bastarán jamás á hacer desistir de su propósito á un emigrante. El que se expatrió, obra impulsado por una necesidad fatal, por su instinto de conservación, lucha por la existencia, y en vano le pintaréis con sombríos colores la vida de á bordo y el porvenir que le aguarda en los desiertos del Plata, él emigrará, prefiriendo correr el albur de lo desconocido á perecer víctima de miseria que ya conoce.

Un ministro español, al tratarse en el Congreso la cuestión de las indemnizaciones de Saida, calificó de «transfugas y

desertores de la patria» á los españoles de la Argelia, como conceptuándolos indignos de que el gobierno se interesase por ellos. ¡Error lamentable! Aquellos españoles no han obtenido satisfacción en sus reclamaciones; pero el expediente de Saida es una ignominia para nuestra nación. El español, mientras no renuncia á su nacionalidad, español es en tierra de España como á bordo de un buque extranjero ó en las Pampas ó en una isla desierta. No es digna de respeto, ni lo obtiene, la nación que no sabe hacer respetar á sus súbditos en donde quiera que se encuentran. Inglaterra, por no citar más que el país en que se lleva este prurito á la exageración, puede servir de norma y de ejemplo.

Con fruición hemos leído la noticia de las medidas tomadas últimamente por la autoridad de marina de Málaga contra un vapor español de emigrantes que no reunía las condiciones requeridas para este género de transportes. ¡Quiera Dios que este rigor continúe, y sobre todo, que no responda á un hecho aislado! En Alemania, en Inglaterra, en Francia, cada día se extreman más las exigencias contra las compañías de navegación dedicadas á la conducción de emigrantes á América.

En virtud de estos rigores ha habido que habilitar nuevos buques, reformar los reformables y desechar otros. ¿No sería acaso posible que alguna compañía extranjera destinase sus barcos de desecho al servicio de los puertos españoles? Porque hay que advertir que en ciertas cosas gozamos fama de tolerantes. Sabemos de una compañía española de vapores la cual admite viajeros para diversos puertos de Europa y América, mas no para los Estados Unidos, término de su itinerario, por la sencilla razón de que las autoridades norteamericanas no se avienen á clasificar dichos buques fuera de la categoría de buques exclusivamente de carga.

Del mismo modo podría suceder que vapores considerados en otros países como impropios para el transporte de emigrantes fuesen admitidos en España como propios para el caso, pues como se vé por el hecho antes citado, nuestro criterio suele discrepar del de los demás en esta materia.

Creemos que el gobierno debería dictar reglas severísimas encaminadas á precaver los abusos de las compañías de emigración, cuyas fabulosas ganancias no son para inducirles á mejorar un tanto sus procedimientos. Imitese la conducta de los gobiernos alemán, francés é inglés, siéntese la mano como vulgarmente se dice, á los que pretendan eludir los reglamentos, fiados en nuestra lenidad ó en nuestra incuria ó en las tradicionales complacencias de nuestros funcionarios: con ello no se disminuirá ni se aumentará la emigración, no se resolverá cuestión social alguna, pero se realizará una obra humanitaria impidiendo que seres racionales sean equiparados á las bestias y que explotadores sin conciencia agraven el infortunio de los que se lanzan á través del Océano en busca del sustento que no les es dable hallar en su propia patria.

## Varietades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

PAREJA

## Charada

Prima segunda tercera  
ama con delirio á todo  
aun tercia dos cuarta muera.

M. Sánchez Sánchez.

La solución en el número próximo.

## LA CHIFLADURA.

(POR UN CHIFLADO)

La «chifladura» en el hombre es tan antigua como el hombre mismo.

Adán, nuestro primer y común padre, «chiflóse» inmediatamente del caso aquel de la fruta, que indigestó á la humana especie para «in eternum», pues al hablar de Adán dicen los libros sagrados que anduvo «ensimismado» (léase chiflado) hasta su muerte, después que hubo cometido el pecado original.

Desde este Adán (padre) á quien «chifló» Eva, hasta el doctor Mirambel, á quien «chifló» el autor de «Los sobrinos del Capitán Grant», figúrense ustedes si hay que saber Aritmética, para leer la cifra de los chiflados que ha contenido y contiene en su seno el universo mundo.

Hay que desengañarse: nacemos con propensión á la «chifladura», como nacemos con propensión á suegra ó á constiparnos.

¿Cuántas veces en la infantil edad habrán ustedes, como yo, incado el diente á una piedra por llevarse á la boca la mano que la contenía, en vez de llevarse las que contenía el pan, que era el destinado al mordisco!

Se me objetará que esta es una simple distracción, pues no es otra cosa la «chifladura» que una serie de distracciones que obligan al paciente á efectuar actos inconscientes originados por el mayor ó menor desgaste de su masa encefálica.

La «chifladura» tiene infinitas manifestaciones, según el origen de ella.

Hay «chiflados» que son naturales de Babilonia; estos están «idos» del cráneo, habiéndoseles apollado la memoria de una manera lastimosa.

A este género pertenecía al inglés que allá en Londres se tiró de un cuarto piso á la calle, en vez de tirar la colilla del cigarro que se le había caído en el bolsillo, el español que largó en el buzón del correo un queso fresco que acababa de comprar, en lugar de la carta destinada al mismo; y el sueco que, hallándose en una fonda, durmiendo junto á un negro, le pintaron la cara de idem y al mirarse al espejo á la siguiente mañana, armó la escandalera á al fondista, por haber despertado al negro en vez de despertarle á él, como le había recomendado al irse á dormir la noche anterior.

Si á la historia recurrimos, observaremos que Noé se «chifló» efecto de darse á la uva y no sospecharía el buen Noé que andando el tiempo había de «chiflar» una nación á los demás, con los, en nuestra época, célebres «amfiteatros».

Los «chiflados» por «amilicación» se les «chifla», además de por el olor que despiden por el color de remolacha que ostentan en la punta de las narices, y por las súbitas variaciones que se efectúan en su carácter; variaciones que se operan según el mayor ó menor tiempo que medie en la alimentación ó «aticas» de la absorbente lamparilla que existe en la